

Un amor que nunca se acabará

Capítulo 20

Corrían los últimos días del siglo veinte. Las pastillas del dosmil andaban a la guasa por los arrabales y los bares. Las barras se llenaban de tipos y tipas sedientos de respuestas y perdidos en sus cargas de por vida. Los Radiohead estaban pegando fuerte con su salto a la electrónica. Dolían como nadie y flipaban como el que más. El viejo Antón que ya había superado la edad del club de los veintisiete había encontrado la formula y la forma para no tener que depender más del embrollo emocional y la tristeza pesada de ser un poeta maldito que muere joven dejando la prenda de tres libros incorrectos e inconcretos de poesía a la francesa con un punzón paneriano de humo y de mordiscos.

Una noche de juerga de pastillas, whisky y cocaína poco antes de bajar la persiana del bar donde trabajaba en el barrio de Gracia de Barcelona, se le coló el amor de su vida. Él siempre había pensado, bueno no siempre, tan solo los últimos nueve o diez años de su vida, que aquel lo era. Para sorpresas está el futuro y para las promesas siempre se recurre al pasado, cosas de la literatura.

Ahí supieron ambos, Romeo el poeta maldito, el fracasado del club de los veintisiete, y la Julieta, aquella productora de cine de gusto exquisito y manías variables, todas ellas de una extremidad que hacían temblar al oso más grande, que el amor se consumiría esa

misma noche. Y así sucedió, todo el amor retenido, y toda la noche suelta. Se entregaron a él como una lagartija ambrienta, por las paredes, los suelos, los somieres y los tocadiscos. No hubo un mañana, tampoco ningún ahora y mucho menos un después, tan solo entrega y desquite, que ya les tocaba.

Así siguieron los días y las noches entre charlas combulsas y emociones del pasado. El amor parecía de verdad, pero ya tan solo era un recuerdo, una escena de una película clásica y romántica que se diluía en las lenguas y en las noches de un remake absurdo. Momentos estelares de roces y música, mucha música y más cine. Promesas que asociaban los años idealizos, los silencios y las certidumbres de los gestos y los roces de miradas. Hubieron promesas de lo que sí y de lo que no. Se contaron historias secretas, durezas del pasado que seguían timbrando a la puerta de un presente roto como la ola de un surfero paralítico.

Antón a escondidas se subía a las paradas de las dosmil. Qué gusto de pastillas, qué tiempos de subidones. Pero siempre a escondidas sin que nadie se percatara de ello. Así siguió Antón, tal y como lo había hecho siempre, a urtadillas por la vida, como si los hechos fueran un acto de una cultura denegada ya desde los testamentos, como lo matrízitiko. Tal cual así parecía sentirse Antón, como una diosa convertida en puta por aquellos hombres de espada.

La historia siguió como los fotogramas de una película contada por el terruño cobrizo, la tierra de Julio Medem y el cine de Cassavetes. La amarga Bibi, de ver y beber, terminó por convencer a Antón de

aquello que él ya escribía en sus días: la acción de las letras entre líneas y el AKTO de la piel en la cámara de mano. Qué grande que eres, John. La interpretación se metió en su vida como algo biológico, tan natural y cotidiano como la vida misma. De todas formas eso de interpretar siempre fue algo que Antón aprendió a dominar desde muy pequeño, por asuntos que hoy no vienen al caso.

Al fin y al cabo todas las personas interpretan de continuo, incluso en la más remota intimidad de sus pensamientos actúan mejor o peor pero actúan: mentimos, nos mentimos, interpretamos y juzgamos. Los días llegaban pronto y pasaban rápido, como el vuelo de una rapaz con los ojos puestos en la presa. Días como años bisiestos, como moscas de la siesta. Días que picaban a las puertas de todas aquellas cosas escondidas por el doquier de los antaños. Días turbo, sin ventanas.

Un día Antón fue presentado en la sociedad cinematográfica de un caserón catalán, donde se celebraba la culminación de una película española de peso, me ahorro nombres y detalles, como siempre, éstos no importan en mis historias. Siempre a urtadillas como un ratón de campo, rápido y efectivo, el muchacho tomaba sus pizcas de narcóticos. La producción de las dosmil se había terminado, pero Antón, el poeta charnego y maldito, las había almacenado, por si las moscas de la siesta, en su mesita de noche, al fondo del cajón, en una bolsa de cuero, para tenerlas tanto lejos de la vista como cerca de la mano.

En fin, que la celebración tendría su sitio en una masía. Calçots, vino, aperitivos varios y ricos, vermut de Reus, cava brut reserva, Estrella Damm y estrellas de la pantalla, servidumbre y sirvientes, mucha educación y buen rollo. Así que Bibi, la productora, presentó a Antón por todo lo alto. Como creía en él, en su fuerza interpretativa, en su futuro. Y no le faltó razón, aunque esto fuera en un futuro, otro de los descabros emocionales del poeta.

Le hizo prometer, sabiendo Bibi de los peligros de Antón y sus pizcas, que ese día no habría nada de drogas. Antón aceptó, aún sin haber prometido nada en su vida. Y así llegó el momento. De buena mañana tomaron el coche y se dirigieron a la masía para festejar y presentar. A urtadillas, como siempre y de terceras voluntades, Antón, en el último momento, tomó la bolsa de las dosmil con un par de cosas más, por si las moscas de la siesta, ya saben.

Qué nivel de fiesta, no faltaba de nada. Sí, cierto, había postureo, como en todos esos eventos, donde se encontraban los estirados y los encogidos, pero el buen rollo era total y Antón se sentía como agua en el pez. Ya entrada la tarde, después de comer y beber, tras la hora de la siesta que nadie respetó, por suerte, comenzaron los cócteles y las risas. Aquello era un sin parar y quedaba aún toda la tarde y toda la noche.

Antón no tocó nada de su almacén de cuero. Lo que parecía un éxito, en un momento de debilidad, cuando alguien comentó lo bueno que sería tomar algo más que cócteles, al poeta se le apagaron las luces y se le puso el motor en marcha. Manos moviéndose bajo la mesa. Ojos

que se salían de sus órbitas como la leche hirviendo. Total, que Antón la cagó de nuevo. Todo se salió de madre. Bibi, con un mosqueo de recortada de caza, encañonó al muchacho antes de irse a dormir.

Todo se había ido al carajo. Y por las dudas, Antón, el pendejo huevón, tuvo su escena final, la traca del actor, el escupitajo de la víbora. A la mañana siguiente, entre despedidas efusivas, porque Antón había caído muy bien, pero muy bajo en realidad, no hubieron palabras entre él y ella. AKTO de silencio mortuario y todo a la mierda. La relación se desplomó como una bolsa de basura arrojada desde el balcón de un ático. El amor de las vidas pasó a mejor vida. Así quedó la cosa, ácida como el efecto de las dosmil y con olor a posta de marrano.

Antón, el poeta maldito, ya tenía otro puñado de poemas para escribir y una carrera como actor con el guión ya escrito de antemano. Se pueden imaginar ustedes, mis querid@s e inteligent@s lector@s. Bibi desapareció, ni que decir tiene que con toda la razón del mundo mundial. Antón se quedó con sus medallas y sin dosmil. El nuevo siglo comenzó para Antón una nochebuena en casa de sus abuelos, en otra reunión festiva, y acabó un par de meses después, cuando las drogas le dieron el primer toque serio.

Entre medias de esas tierras movedizas, apareció una chica alemana, de cabellos colorados y con un cuello que él no volvería a ver jamás en otra mujer. Una forma de collar que terminaba en la gola y que dejaba a años luz a toda imaginación de cualquier artista. El brillante

hablar acentuado, las cabriolas de su cuerpo, la humilde grandeza de su belleza y un gesto de evasión pusieron a Antón en otra órbita, la de un comeción amoroso nunca sentido antes.

Fue una mañana despierta, sin drogas, con un Antón descansado, con la tristeza del poeta y la victoria de haber dejado atrás el club del veintisiete. Por primera vez se quedó sin palabras, comenzaba bien el siglo, carajo, con una buena torda que lo hacía callar, una torta alemana, y una petición: "Me podés hacer un café con leche y una comida, pror fravor.

El amor de una vida entera y eterna había entrado para no salir nunca, ni en la unión ni en la separación. Nunca tendremos éxito si la meta es alejarnos del amor de nuestra vida, aún estando separados. Hay algo que por suerte no cambia y es el tatuaje emocional de las piezas que encajan. Luego, a veces o a menudo, el hombre lo hace fracasar. C'est la vie, les amis!

Gracias por haberme aguantado hasta aquí, hoy fue algo más personal. Les pido de corazón "nodisculpas". El resto de la historia se la cuento próximamente, que aún escuece una mijina.